

Como sentenció San Agustín: “El que te creó sin ti, no te salvará sin ti”.

- No todos los que saben mucho poseen también ese “registro” de la sabiduría que consiste en saber ponerla al alcance de los sencillos.

Cristo, ¡claro está!, sí que poseía esta virtud y, a través de sus Parábolas, sabía poner la sublimidad de su doctrina al alcance de todos.

¡La parábola del sembrador es una buena prueba! Con una imagen tan familiar para sus oyentes, la del sembrador que sale a sembrar, va a poner de manifiesto su siembra y los distintos comportamientos que podemos adoptar nosotros ante la Palabra de Dios. Escuchando su Parábola, ¡que fácil nos resulta vernos identificados en esos distintos terrenos que reciben la semilla!

- ¿Quien de nosotros no ha protagonizado, en ocasiones, *la dureza del camino*, resistiéndose e inutilizando la semilla de la Palabra divina?

- ¿Quién de nosotros, a veces, no ha escuchado con entusiasmo esa Palabra de Dios pero después, la ha malogrado por su flojera, la inconstancia, dejándola infecunda, como la semilla *del terreno pedregoso*?

- ¿O quién no ha experimentado alguna vez el desvanecimiento de sus buenos deseos, sofocados por los reclamos del “hombre viejo”, como le ocurrió a esa otra semilla que, *cayó entre zarzas*?

- Pero, para nuestro consuelo, también tenemos experiencia de esas ocasiones, en las que escuchamos sinceramente la Palabra de Dios, cosechando el 30, 60 ó 100 %, como la semilla que, *cayó en tierra buena*.

- Otras consideraciones se deducen también de esta Parábola:

1º) Que la semilla, (la Palabra de Dios), es siempre la misma, siempre buena y eficaz en sí misma.

2º) Que esa semilla la esparce el Señor abundantemente y en las más diversas circunstancias, dando al hombre continuas oportunidades.

3º) Y que, cada uno de nosotros somos ese terreno donde el Divino Sembrador lanza continuamente la buena semilla de sus mensajes pero, el aprovechamiento de esa Palabra de Dios depende exclusivamente de nosotros, del buen o mal uso que hagamos de nuestra libertad.

- **“El que te creó sin ti, no te salvará sin ti”**, - sentenciaría San Agustín -, poniendo de manifiesto esa irremplazable responsabilidad personal que nos incumbe a cada uno, en el proceso de nuestra salvación, según esa alternativa, de cooperar o no con Dios, a los reclamos de su Gracia.

- Aprovechemos hoy el mensaje de su Palabra y brindémosle al Señor la *buena tierra* de nuestro corazón, respondiendo a su magnanimidad, con nuestra generosa responsabilidad.

Guillermo Soto

Admira comprobar como Jesús, a través de sus parábolas, sabía poner al alcance de gente ruda y sencilla las realidades sobrenaturales del Reino de los Cielos.

En esta ocasión, sirviéndose de esa semilla, que tan familiar les resultaba a sus oyentes, les expondría: 1º) Que su Palabra es siempre una “semilla” valiosa y eficaz. 2º) Que de las disposiciones personales con las que nosotros la recibamos, (como ocurre con los distintos terrenos donde cae la semilla), condicionamos la eficacia de su Palabra. Y 3º) Con el lenguaje de los %, nos estimula a ofrecerle siempre la mejor de nuestras disposiciones personales para aprovecharnos, al máximo, de la riqueza de su Palabra.

Guillermo